

PADRE, el último MONO

Berto Romero, Oriol Jara,
Roger Rubio y Rafel Barceló



¿Está usted preparado para ser padre?

No. Y sí. La verdad es que nunca lo sabrá. Habrá notado que nadie explica con claridad en qué consiste eso de «ser padre». Cuando pregunta siempre escucha vaguedades como «te cambia la vida» o «es lo más grande». (Observe que es lo mismo que decían de Rocío Jurado; también fue difícil definirla.) Esto ocurre porque nadie lo sabe. Y ésta es la explicación de ese muro de silencio tan raro con el que se encuentra cuando habla del tema: no es más que ignorancia.

Pero relájese. Piense que cada día nacen cientos de miles de hijos de padres que no sólo están menos preparados que usted, sino que son malas personas o directamente imbéciles. Fíjese en un detalle clave: no le harán ni un triste examen psicotécnico para ver si está usted capacitado. Es curioso, porque no le dejarían ponerse a los mandos de un automóvil sin más por temor a que dañase a otras personas. Sin embargo, le permitirán arrojar al mundo a un ser que —¿quién sabe?— podría convertirse en un asesino en serie o un dictador sanguinario. ¿Por qué? Porque en este terreno nadie tiene claro nada. Así que aproveche el vacío social

y confíe en usted mismo. Por Dios, para empezar está leyendo un libro, se le presupone parte de la élite intelectual de este país. Tranquilo.

Yo tengo un hijo, y en el momento de escribir estas líneas está a punto de cumplir un año. Muchos padres primerizos sienten cómo aumenta su coraje cuando les digo que hasta yo he sido capaz de conseguir que mi retoño sobreviva tanto tiempo. Recuerdo cómo la comadrona me puso en mi sitio en una de las clases preparo a la que asistí con mi mujer. Me dijo (a mí y a todos los varones de la sala): «Vuestra función el día del parto es cronometrar las contracciones y comer un bocadillo.» Al parecer esto último es para no desmayarse, porque, con los nervios de tantas horas, muchos padres se olvidaban de comer y se desplomaban. ¡Se caían por una pájara, no por la emoción! Las comadronas descubrieron que desde que empezaron a aconsejar a los padres que comieran algo se redujeron de golpe las estadísticas de vahídos. Ahí lo tiene: presionar cíclicamente un botón y comer. Son cosas que puede hacer tranquilamente un chimpancé. Se siente mejor ahora, ¿eh?

Le ayudará pensar que tener un hijo no es una decisión intelectual: si así lo fuera, nadie lo tendría. Es algo emocional. Y debe tener claro con qué parte del cuerpo lo va a hacer. Intente recordar todas las decisiones que ha tomado usando el pene. No tienen demasiada lógica, ¿verdad? Pues esto es lo mismo.

Quizá le preocupe hacerlo mal. Quítese esta duda de la cabeza rápidamente: lo va a hacer mal, seguro. Como su padre y su abuelo antes que usted, y así hasta el primer homínido macho. Concéntrese simplemente en no hacerlo muy mal, esto será suficiente. Una analogía: el asunto es

más o menos parecido a la primera vez que se enfrentó a un cuaderno de caligrafía. ¿Recuerda aquella espiral que tenía que imitar y que siempre le salía como un churro? Cuando consiguió dibujarla ya había pasado la época de hacer cuadernos de caligrafía. Pues su paternidad funcionará del mismo modo: cuando le pille el truco al churro, éste ya estará acabado y no se lo dejarán repetir.

Le contaré algo humillante que me ocurrió a mí: en pleno parto, la doctora anunció: «Ya se ve la cabeza.» Y yo me coloqué en el gol sur, con plena visión del «lado oscuro». Desde allí pude ver claramente cómo los genitales de mi mujer se habían convertido en un monstruo surgido de la mente de H. P. Lovecraft, uno de los mitos de Cthulhu. La Comarca convertida en Mordor. Y allí dentro vislumbré aquella cabeza, mojada y gelatinosa. Intentando sobreponerme a la honda impresión que me atenazaba le anuncié a su madre con voz temblorosa: «Tiene el pelo rizado, como el Rey cuando era joven.» El equipo médico me miró durante un milisegundo con cara de «¡Qué gilipollec es este tipo!». Ya lo ve, lo primero que escuchó mi hijo de mí fue una broma desesperada, un chiste-eructo, que nadie rió. A partir de un inicio tan patético, sólo me queda mejorar como padre. Lo mismo puede valer para usted.

Berto Romero

ENHORABUENA. ESTÁ A PUNTO DE ADQUIRIR UN PRODUCTO LÍDER

Está a punto de adquirir un hijo. Un producto que, tanto si llevaba tiempo deseándolo como si ha sido un regalo inesperado, cambiará completamente su vida. El producto que ha elegido es el resultado de miles de años de investigación y lleva siglos siendo líder y sin competencia. (Si en algún momento la hemos tenido, ya nos hemos encargado de eliminarla.) A pesar de su aparente fragilidad, este modelo ha sido testado en condiciones extremas. Han nacido niños durante eras glaciales, sequías terribles, situaciones de calor extremo, e incluso en condiciones de exposición continua a la intemperie. Y, aun así, hemos llegado hasta usted y su pareja con la versión más avanzada del ser humano.

Al adquirir un hijo no sólo llenará su hogar de momentos de gran satisfacción, sino que además estará contribuyendo a la evolución de un modelo que doscientos mil años después del lanzamiento de su primer prototipo ha conseguido situarse como número uno indiscutible del mercado en los cinco continentes. El diseño humano, a diferencia de otros mamíferos, apostó decididamente por engrandecer el cerebro a cambio de un cuerpo menos ro-

busto. En definitiva, se sacrificó algo de *hardware* para potenciar el *software*, lo que conlleva, como está a punto de comprobar, que a pesar de que el terminal se entrega gratuitamente, el coste de su mantenimiento sea algo más elevado que, por ejemplo, el de un hámster.

Eso sí, recuerde que usted sólo es el padre, un término que tradicionalmente se ha asociado a respeto y venerabilidad o incluso a modelo que seguir, pero que en la actualidad podría sustituirse perfectamente por el de «proveedor de esperma».

Para descubrir que el padre es el último mono, no hay más que echar un vistazo a la familia más famosa de nuestra civilización. Todo el mundo está al corriente de lo que conllevó el nacimiento de Jesús de Nazaret: en cualquier país cristiano podemos encontrar fácilmente imágenes del niño Jesús. Igualmente sencillo es encontrar una iglesia construida en honor a la figura de su madre; incluso hay auténticos devotos que celebran sus fiestas paseando a hombros una escultura con la imagen de María. Sin embargo, nadie sabe exactamente qué fue de san José. Un hombre del que sólo se sabe que reaccionó sorprendentemente bien a la noticia de su futura paternidad, y eso que tenía motivos para adoptar una postura mucho menos comprensiva. Incluso leyendo las Sagradas Escrituras, lo único que puedes sacar en claro del padre de la «Sagrada Familia» es que era carpintero y seguramente llevaba barba.

Eso debería darle una pista de cuál va a ser su papel en los acontecimientos que se avecinan.

Antes de instalar el producto en su casa: la gestación

¿Por qué la gestación?

Tras siglos de experiencia trayendo niños al mundo la especie humana sigue apostando por la gestación, o el período creado por la naturaleza para que un padre se vaya haciendo una idea de lo que le viene encima.

La frase «La naturaleza es sabia» pocas veces cobra más sentido que cuando se habla de reproducción sexual. Teniendo en cuenta que la madre naturaleza nos creó, sabía perfectamente que no sería fácil convencer a un hombre de que hiciera todo lo posible por poner en su vida a un ser que llora cada tres horas, orina, defeca y regurgita sin ningún tipo de control, monopoliza los pechos de su compañera y multiplica por diez el nivel de responsabilidad en su vida. Por eso, el departamento de I+D de la naturaleza se sacó de la manga el sistema conocido como reproducción sexual.

Lo primero que hizo la naturaleza con el fin de motivar al macho para perpetuar su especie fue repartir el trabajo en función del potencial de cada sexo para soportar trabajos duros: lo del dolor, las náuseas y los puntos de sutura en órganos genitales lo dejó para la mujer; para el hombre tuvo que inventar algo que le gustara hacer. Y sólo se le ocurrió el sexo. (Cuando aparecieron los primeros humanos no se había inventado aún la cerveza.) Si los niños se fecundaran masajeando los pies de las hembras, actualmente el planeta estaría poblado sólo por plantas y hongos. Gracias al sexo los hombres acceden de buen grado a reproducirse y, durante los días en los que una pareja busca un

bebé, se sienten como un navegador de internet, ya que nunca las palabras «Buscar» y «Voy a tener suerte» estuvieron tan unidas.

La reproducción sexual ataca los dos puntos débiles del hombre, el sexo y el ego, ya que además de pasar un buen rato, hace que se sienta como un genio. Los mejores científicos del mundo trabajaron en equipo para lograr crear un corazón artificial. Los ingenieros más cualificados de Japón, después de años de duro trabajo, sólo consiguieron construir un robot capaz de subir y bajar escaleras. Sin embargo, usted, tras beberse dos copas de vino y unos minutos de coito, ya ha hecho algo cuyas prestaciones superan en mucho el trabajo de toda la comunidad científica internacional. Gracias a estas argucias de la madre naturaleza, la especie se ha perpetuado y hoy está leyendo estas palabras.

Períodos de la gestación

La gestación consta de varias etapas. Como ya hemos visto, el hombre interviene sólo en los primeros minutos, mientras que la mujer se encarga de los siguientes nueve meses. Durante el período que entendemos por «gestación», el embrión se transforma hasta convertirse en un bebé, la futura madre se encarga de alimentarlo, formar sus órganos y darle calor, mientras que el futuro padre se encarga de... Ah, sí, de nada. Así que ya puede empezar a intuir que es el último mono en todo esto.

Tras su actuación estelar en lo que podemos denominar «concepción», o con los menos técnicos eufemismos «plantar la semilla», «meter el pastel en el horno» o «rellenar la hormigonera», el hombre pasa a un más que evidente segundo plano. Nadie le cederá el asiento en un autobús ni le

dirá que tiene que comer por dos. Claro está que los síntomas de la madre son mucho más aparatosos que los suyos: se le hinchan los pechos, se le hincha la barriga, se le hinchan los tobillos... (Parece mentira la cantidad de cosas que pueden hincharse en una persona, ¿verdad?)

El primer síntoma de que su compañera ha iniciado el proceso de gestación es que se le retira la menstruación. Es en ese momento cuando al padre se le comunica la noticia. En el trinomio padre, madre e hijo, el primero es el último en enterarse del embarazo. Normalmente es la madre la que le comunica la noticia. (Sería extremadamente raro que fuera el padre el que se lo dijese a la madre.)

La sospecha de embarazo se acostumbra a confirmar con un test de venta en farmacias, que detecta una de las hormonas que segregan las mujeres embarazadas. (Recomendamos retener el concepto «hormonas», porque como se verá más adelante desempeñan un papel importante en todo el proceso.) Si el resultado es positivo se acude al médico para ratificarlo. Los test no suelen fallar, pero a los hombres siempre les merece más crédito la opinión de un licenciado en medicina que la de un palito sobre el que ha orinado su mujer.

Es básico reaccionar correctamente ante la noticia del embarazo. Para ello adjuntamos un esquema con las formas correctas de reacción ante la noticia.

Formas correctas e incorrectas de reaccionar
ante la frase Estoy embarazada

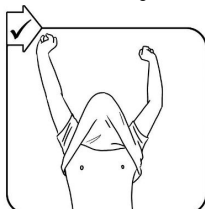
Formas correctas



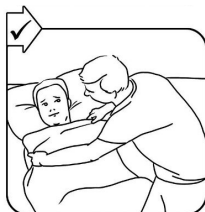
Abrazar a su pareja



Llorar de alegría



Levantarse la camiseta y correr por la sala como si hubiera marcado un gol (no es la mejor forma de reaccionar, pero ella entenderá que su alegría es sincera)



Acomodarla en el sofá y tamarla con una manta (debe saber que está exagerando; va a tener un hijo, no un ictus)

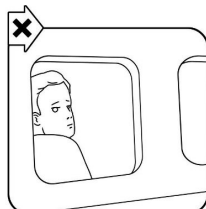
Formas incorrectas



Soltar tacos



Autolesionarse



Huir del país



Preguntar «¿Cómo ha podido pasar?» (es la reina de las preguntas estúpidas)

Medición del tiempo durante la gestación

Una vez confirmada la noticia se inicia oficialmente el período de espera, del que siempre se tiende a pensar que dura nueve meses. Pero tras la visita médica se dará cuenta de que el tiempo es muy relativo. La mujer embarazada empezará a medir el tiempo por semanas, un código que asimilará de forma sorprendentemente rápida y que compartirá con todo el personal sanitario y con las mujeres que previamente hayan sido madres. La gestación humana dura cuarenta semanas; sin embargo hay meses que tienen cuatro semanas y otros, cinco. Eso hace que el sistema de medición por semanas resulte extremadamente complejo para el hombre. Es por eso que nunca acabará de entender la respuesta a la pregunta «¿De cuánto está?» y siempre tendrá la sensación de conducir un coche cuyo velocímetro indica las millas en vez de los kilómetros por hora. Mientras que su compañera dará una respuesta absolutamente precisa a la pregunta «¿De cuánto está?», usted tendrá sólo cuatro posibles respuestas: de muy poquito, de tres meses, de seis meses, está a puntito a puntito.

Contar por semanas es mucho más preciso que hacerlo por meses, pero deja de ser práctico, incluso para los ginecólogos, una vez terminada la gestación. Si siguiéramos contando así, en vez de decir que una persona tiene treinta y cinco años, diríamos que tiene 1.820 semanas. Otra peculiar forma de medir el tiempo también la encontraremos una vez haya nacido el bebé y hasta que llegue a los dos años de edad. Una vez más, las mujeres nos sorprenden con una extraordinaria facilidad para contar por meses mientras que el hombre se limita a decir: medio año, un año o año y medio. Las mujeres pueden decirte que un bebé tiene

dieciocho meses; eso sí, la mayoría de ellas, al hablar con un hombre, le dan unos segundos de cortesía para que éste haga sus cálculos. Para facilitar esto al futuro padre, a continuación mostramos una tabla convertora con las distintas unidades de medición del tiempo.

Tabla de conversión de la medición del tiempo antes del alumbramiento para las embarazadas y para el resto del mundo

Mujeres	Hombres
6 semanas	
7 semanas	De muy poquito
8 semanas	
9 semanas	
10 semanas	
11 semanas	
12 semanas	
13 semanas	De tres meses
14 semanas	
15 semanas	
16 semanas	
17 semanas	
18 semanas	
19 semanas	
20 semanas	
21 semanas	De seis meses
22 semanas	

23 semanas	
24 semanas	
25 semanas	
26 semanas	
27 semanas	
28 semanas	
29 semanas	
30 semanas	
31 semanas	
32 semanas	
33 semanas	
34 semanas	
35 semanas	
36 semanas	
37 semanas	A puntito a puntito
38 semanas	
39 semanas	
40 semanas	

Tabla de conversión de la medición del tiempo después del alumbramiento para las embarazadas y para el resto del mundo

Mujeres	Hombres
1 semana	
2 semanas	
3 semanas	

1 mes	1 mes
2 meses	
3 meses	3 meses
4 meses	
5 meses	
6 meses	Medio año
7 meses	
8 meses	
9 meses	
10 meses	
11 meses	
12 meses	1 año
13 meses	
14 meses	
15 meses	
16 meses	
17 meses	
18 meses	Año y medio
19 meses	
20 meses	
21 meses	
22 meses	
23 meses	
2 años	2 años

El sexo durante la gestación

En una gestación normal se pueden mantener relaciones sexuales normales. (Aunque la normalidad, tratándose de sexo, es muy relativa; lo que para algunos hombres es normal, otros dudan que sea legal.) Así que llamaremos «normal» al coito tradicional, ese que somos capaces de aceptar que hicieron nuestros propios padres para concebirnos, aunque no nos guste pensar en ello. Con eso no queremos decir que si le va el sado o vestirse de doctor Spock para practicar sexo sea anormal, aunque en el segundo caso nos sorprende mucho que haya conseguido una mujer a quien dejar embarazada.

En cualquier caso, hay mujeres que incluso aseguran haber disfrutado más del sexo durante el embarazo que antes de él. Las hormonas están disparadas y, en muchos casos, es la única etapa en la que la pareja prescinde de métodos anticonceptivos. ¿Qué puede pasar? ¿Que se quede embarazada?

Si lo consulta con un especialista, probablemente la respuesta será que las relaciones sexuales no interfieren en una gestación sin complicaciones. Si lo consulta con un hombre que ya tiene hijos, probablemente la respuesta será: «Practica todo el sexo que puedas durante el embarazo, no sabes nunca cuándo volverás a hacerlo una vez nazca el bebé.»

No obstante, es normal que cierta aprensión le lleve a tratar a su compañera de forma distinta durante ese período, a veces con excesivo cuidado, como si le hiciera el amor a un jarrón chino. Aconsejamos encarecidamente que durante el coito no piense que ahí dentro hay un niño. Y por si se lo está preguntando: no, no es posible que llegue a darle con el pene al feto.

Primeras ecografías

Una vez resuelto el tema del sexo durante la gestación, el futuro padre se pregunta cosas menos trascendentes para él como: «¿Qué cara tendrá mi hijo?» o «¿Será niño o niña?» Muchos de nuestros padres no tuvieron opción de conocer el sexo de su hijo hasta que lo vieron de cintura para abajo. Las únicas pistas que tenían de ello eran tan poco científicas como que si la barriga apuntaba hacia arriba era varón, o si al tirar una zapatilla la suela quedaba hacia arriba era niña. La escasa fiabilidad de estos métodos causó que muchos niños se criaran en habitaciones rosas y llevaran pijamas de Hello Kitty los primeros años de su vida.

En la actualidad contamos con sistemas como la ecografía, que es capaz de crear una imagen bidimensional del útero mediante ultrasonidos. En la primera ecografía sólo se ve una especie de legumbre (algo que resulta decepcionante si se espera ver a un niño peinado con raya y saludando a su padre con la mano), pero a partir de la semana 16 (consulte el conversor de medición de tiempo) ya se puede apreciar una forma semihumana y los órganos sexuales del feto. Eso sí, por muchas películas eróticas de canales codificados que haya visto, muy probablemente no conseguirá diferenciar la cabeza del culo. Al final, con mucho esfuerzo y sugestionado por la evidencia de que eso que se está contemplando es una persona, conseguirá ver algo parecido a un ser humanoide. Pero es como los libros de 3-D: si se pierde la imagen se tarda unos minutos en poder verla de nuevo.

**Síndrome de hacer el nido
(para el padre, síndrome de pintar-
montar muebles-instalar lámparas-tirar
tabiques)**

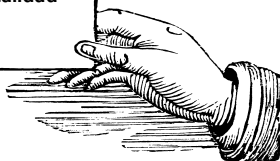
Ante la llegada de un bebé toda mujer se dispone a preparar la casa para recibirlo por todo lo alto. Se llama «síndrome del nido» a la necesidad de limpiar todo lo que tiene la futura madre cuando se acerca el momento de alumbrar. Limpiará tanto y tan a fondo que pensará que se está planteando seriamente tener al bebé en el pasillo. A medida que se acerque el momento, la verá limpiar zonas de la casa que hasta hoy no sabía ni que existían; pero además de vivir en unas condiciones de higiene envidiables, notará que su mujer sufre el síndrome del nido porque usted prácticamente dormirá abrazado a la caja de herramientas.

Si cree que la habitación de un bebé sólo necesita una cuna es que no ha visitado nunca la sección infantil de una tienda de muebles. Puede que le parezca excesivo que un bebé tenga un escritorio mayor que el suyo teniendo en cuenta que le quedan cinco años para empezar la primaria, pero recuerde que en cuestión de meses su hijo irá a la guardería y tal vez le convenga sentarse en su confortable butaca para consultar las diferencias entre el otoño y el invierno mientras saborea su pipa favorita.

Acondicionar la casa no se reduce a empapelar una habitación con dibujos de ositos. El futuro padre deberá especializarse en pintura, carpintería, cableado eléctrico, decoración y hasta puede que deba desviar el tráfico de una avenida si su compañera considera que el tráfico rodado puede perjudicar el sueño del bebé.

Consejo práctico

Ante el volumen de trabajo que conlleva la llegada de su futuro hijo, aconsejamos que la primera pregunta a la hora de adquirir mobiliario infantil no sea el precio ni la calidad del producto, sino si lo instalan en casa.



Cambios hormonales

Si alguien se levanta a las cinco de la mañana y decide que es fundamental limpiar la cocina y descongelar la nevera, a media mañana sufre un ataque de compras compulsivas de cosas que no necesitará hasta dentro de dos años, se come dos menús, a media tarde tiene un ataque de risa, dos horas después llora sin ningún motivo viendo un anuncio de refrescos y a medianoche descubre que si no se come una paella en ese instante el mundo podría desaparecer, por norma general se recomienda su ingreso en una clínica de reposo mental. A no ser que esté embarazada, pues en ese caso se tiene carta blanca.

En algunos casos puede parecer que el hecho de estar embarazada conceda derecho a cualquier cosa y da la impresión de que en cualquier momento pueden pedirla: «Cariño, necesito que bombardees una pequeña ciudad de Oriente Próximo; hazlo ahora, estoy embarazada.»

Se calcula que tres de cada cuatro embarazadas sufre an-

tojos, un apetito especial que tiene tres características: no admite demora, no se sacia con un sucedáneo y provoca una satisfacción que va más allá de lo alimenticio. Aunque al futuro padre sólo le interesa el primer rasgo, «no admite demora». Si le dicen «Me apetece una pizza», no pregunte de qué la quiere, salga inmediatamente a comprarla, aunque sea de chocolate con anchoas.

Dicen que si la futura madre tiene un antojo y no lo sacia, el niño saldrá con una mancha en forma de ese antojo en alguna parte del cuerpo. Aunque en el momento de escribir estas líneas no se han descrito casos de niños con un banana split tatuado en la frente, la opinión médica está dividida. Hay médicos que dicen que esto no tiene ninguna base científica; en cambio, hay otros que defienden que esto es una patraña muy rastrera que utilizan algunas futuras madres como chantaje para que sus parejas hagan cosas que de otra manera serían consideradas esclavitud.

La culpa es de las hormonas, unas moléculas que se encargan de comunicar al cuerpo lo que tiene que hacer. Durante el embarazo, el cuerpo de una mujer segrega más hormonas que un adolescente con ADSL en su habitación. No hay que subestimar su utilidad, ya que gracias a ellas se podrá gestar al bebé, pero el futuro padre va a sufrir algunos efectos secundarios de su compañera como: el sueño extremo, que hará que su compañera pueda dormirse en un concierto de reguetón; hambre voraz y/o antojos de comida; hiperactividad, apatía o ambas cosas alternadas en ciclos muy cortos de tiempo. Para que vaya familiarizándose con estos cambios adjuntamos un gráfico con los cinco humores básicos.

Los cinco humores básicos durante el embarazo



Euforia



Apatía



Melancolía



Llanto
(así porque sí)



Enfado
(normalmente
por tu culpa)

El alumbramiento: la primera vez que ve un parto desde fuera del útero

Pasadas las cuarenta semanas de gestación llega el momento del parto. El feto ya ha crecido tanto que el útero se le queda pequeño; de hecho si pudiéramos verlo nos daríamos cuenta de que está más encogido que un pivote de baloncesto en la bañera y ya no aguanta más ahí dentro. Curiosamente, la gestación termina igual que empezó: con la futura madre desnuda de cintura para abajo y con las piernas separadas. Aunque todos hayamos oído historias de niños que han nacido en un taxi y a los que no les ha pasado nada, recomendamos encarecidamente que se acuda a un instalador autorizado. El parto en las películas acostumbra a ser

muy rápido y algunos lo son; sin embargo, hay otros que duran horas. De todas formas es aconsejable tenerlo todo preparado: la canastilla, gasolina en el depósito, un estudio de las rutas más rápidas desde el domicilio hasta el hospital...

El hecho de dar a luz ha evolucionado mucho. Hace unos siglos se hacía entre unos matorrales con un nivel de higiene muy mejorable y la única medida preventiva que se tomaba para el bien del niño era asegurarse de que no había depredadores cerca. Actualmente hay varias opciones: algunas mujeres prefieren tener a sus hijos en casa, de forma natural, asistidas por su monitora de yoga con quien acaba de degustar unas porciones de tofu. No obstante, por norma general se tiende a acudir a un centro médico. Si éste es su caso, deberá enfrentarse a una situación cuando menos extraña: la de ver a varios hombres y mujeres observando y manipulando la vagina de su compañera, algo que en cualquier otra situación le resultaría ciertamente molesto, pero que dadas las circunstancias es completamente normal.

Llegado a un cierto punto de dilatación hay que decidir si se quiere un parto natural o si se prefiere la anestesia epidural, que las duerme de cintura para abajo. En ese momento la mujer está sufriendo contracciones, que a juzgar por su cara deben de ser dolorosas. Cuando una mujer suplica que le claven una aguja de diez centímetros directamente en la columna vertebral es de suponer que dar a luz es algo más doloroso que arrancarse un padrastró del dedo gordo. Y la cosa no ha hecho más que empezar.

Dar la mano y otras formas de intentar no parecer el más prescindible de la sala

Sabemos que, como padre, lleva nueve meses calentando por la banda y está deseando entrar en acción, pero lamentamos informarle de que las funciones en el proceso del parto se resumen básicamente en: dar la mano e intentar no molestar demasiado. Si hay un momento en el que queda claro que el padre es el último mono, ése es el del parto. Durante el tiempo que tarde el proceso, no sólo descubrirá que su compañera puede apretar la mano de forma sorprendentemente fuerte y conoce más palabrotas que un camionero francés, también llegará a saber, si no se había dado cuenta ya, que el padre no pinta absolutamente nada en una sala de partos. Antiguamente esa sensación se vivía de forma distinta. Nuestros abuelos se dedicaban exclusivamente a esperar en el pasillo, fumando mucho, y viendo pasar a mujeres con toallas limpias y agua caliente sin saber para qué eran. (Podían pensar perfectamente que a la comadrona le apetecía tomarse un té y darse un baño justo en ese momento.)

Actualmente el padre puede asistir al parto. Le colocan una bata verde y un gorro ridículo para que se sienta integrado en el equipo, pero, a la hora de la verdad, se limita a darle la mano a su mujer y decirle que respire, algo que, por otro lado, en la mayoría de los casos ya lleva unos años haciendo sin necesidad de que nadie se lo recuerde.

La cámara de vídeo en el parto: no necesita demostrar tan pronto que es un cretino

Desde la aparición de las cámaras de vídeo domésticas nos hemos empeñado en inmortalizar los momentos más im-

portantes de nuestras vidas. Para ver que las videocámaras no han aportado nada bueno no hay más que echar un vistazo a un programa de grabaciones casero; sin embargo sigue habiendo padres empeñados en grabar a sus hijos en sus funciones escolares, en sus vacaciones y, cómo no, en el día de su nacimiento.

Antes de decidirse a grabar el parto de su hijo tenga en cuenta que: por poco que conozca a su mujer sabrá que es posible que no quiera quedar immortalizada con un gorro verde en la cabeza, la cara desencajada por el dolor y la muy poco glamurosa postura que proporcionan los paritorios. Además, el plano de la vagina y el ano, en muchos casos, no es el mejor de una persona y, aunque no siempre pasa, una persona anestesiada de cintura para abajo que está apretando con todas sus fuerzas puede que además de un niño suelte lo que ha comido unas horas antes. Y, créame, no le hará ninguna gracia que toda la familia se siente en el sofá para ver el aspecto que tiene su lasaña una vez ha sido digerida.

Trucos para no desmayarse en la sala de partos (incluye trucos para no desmayarse cuando le expliquen qué pasa en la sala de partos)

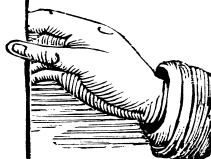
Algunos hombres se desmayan al ver nacer a sus hijos: es normal. Si llegáramos a una sala de partos unos minutos después de que una mujer hubiera dado a luz, pensaríamos que se ha rodado una película de Tarantino o que a alguien se le ha caído una granada.

Consejo práctico

Al asistir a un parto aconsejamos mantener una actitud serena; a la madre no le conviene ver al padre con cara de estar viendo una película de terror entre sus piernas y soltando comentarios como: «¡Oh, Dios mío! ¡¿Es normal que sangre tanto?!»

Si el padre es aprensivo, también aconsejamos que no centre la mirada en la zona cero; es mejor mirar a la madre a los ojos sin dirigir la vista allí bajo ningún concepto. (No es algo difícil para un hombre; cualquiera que se haya encontrado a su cuñado en una playa nudista sabe a qué mirada nos referimos.)

Si es muy aprensivo, es posible que el mismo relato de un parto le haga poner enfermo. El consejo es mantener una actitud de interés, asintiendo de vez en cuando mientras se piensa en cualquier otra cosa al mismo tiempo. (No es tan difícil para un hombre, cualquiera que se haya encontrado a su cuñado en cualquier parte sabe a qué actitud nos referimos.)



El principal problema por el cual los partos nos impresionan tanto es que los tamaños no cuadran. Nunca habrá visto algo tan grande saliendo de un sitio tan pequeño y nunca habrá agradecido tanto no haber nacido mujer. Para hacernos una idea deberíamos imaginar que nos hemos tra-

gado un melón entero sin masticarlo y que ha llegado el momento de ir al servicio.

Eso sí, aunque algunos hombres hayan acabado tumbados en el suelo de un hospital con los pies en alto y con más personal sanitario pendiente de ellos que de la persona a quien acaban de desgarrar la vagina, en adelante ya nada en el mundo les podrá quitar esa aura de respeto y venerabilidad que aporta el hecho de que por fin y de forma oficial ya se les puede llamar *padre*.